

PLANA LITERARIA

Por nidos

Un ardite se le importaba a mi Juanillo quien era Sanson y quien eran los filisteos; a más, el bueno del dómíne se había encendido en la cabeza, y creyó el rapaz muy en razón dejar que se le pusieran dura como un mar-molillo, con tal de saber quien era aquel señor a quien él hizo la jugarreta de tranquilarlo. ¡A él sí que le quitaba una Dalila con bigote y puntero algunos mechoncillos rubios a fuerza de repelones y punterazos!

¿Qué tenía la cabeza a pájaros? ¿Y por eso se la aporreaban tan de lo ludo, y salían tan mal libradas sus orejas de algunos encuentros con los flacuchos dedos del dómíne?

¿No había de tener la cabeza a pájaros, si en lo alto de un olmo que había junto al arroyo de la Marmota, estaba escondido un nido de verdaderos volanderos, que le traían a mal traer; por qué un *chivato* a quien él en secreto había confiado el sitio de su tesoro, se lo había contado todo a Lagartija que trepaba por los árboles como un gato y no respetaba derechos ajenos, y hacía valer los suyos con los nudillos de sus puños, algo más fuertes que lo que la caridad para las narices ajenas pedía?

Nada, al diablo Sanson y todos los filisteos, y pían píanito, tirando mordiscos a una rebanada de pan que su madre le había dado para irse la comiendo por el camino de la escuela, se fue en derecho de la casa, en la que una copa mecía el viento el oído de verdaderas.

¡Diablo de pinchos! ¡Y le rasgaban las medias, vaya si se las rasgaban! No, pues su madre tampoco se quedaba en zaga en aquello de levantar protuberancias en su cabeza cuando volvía a su casa con alguna de las prendas agujereadas!

Se quitó los zapatos, anudó las agujetas, se los echó al hombro; hizo la misma operación con las medias, y mostrándole con valentía la blanca carne de sus molletas y pantorrillas a las aceradas puntas de los cordos y las zarzas, corría, corría, brincando de terrón en terrón de pedazo y tirando mordiscos, a aquel pedazo de pan que su madre le dió para irse caminito de la escuela.

Lo que es aquella chaqueta, no cabía duda, era de Lagartija (vaya si lo era!) ¡Conocía aquellos remiendos de colores lo mismo que si él se hubiera pinchado los dedos para echarlos! Bien hubiera querido en aquel momento que el dómíne de la escuela repartiera bigos en vez de punterazos; para haberle dicho a Lagartija: Oye, vé a la escuela, que te va a dar el maestro bigos si lo cuentas lo que hizo Sanson con los filisteos (pero buen trucha estaba el tal Lagartija para fiarse de hijos de filisteos ni de dómíne!) Y era indudable, arriba, en la copa del árbol, apostaba el cantero de pan que le quedaba, a que estaba aquel ladrón de nidos: se habría quitado la chaqueta para no romperla más de lo que estaba, y con la agilidad de un mono se habría encaramado por aquellas ramas hasta la lopa del olmo donde estaba su nido de verdaderos.

El no lo veía, pero arriba estaba, ¡ya lo creo que estaría! haciendo de sus pájaros mangas y capirotes.

¡Padre nuestro que estás en los cielos que... se caiga Lagartija y se mate, o si quiera, si quiera que se rompa los dientes contra un guijarro del arroyo.

Y Lagartija no caía; ¿qué había de caer?, lo que sí cayó fue un pedazo de rama acompañado de una risotada salvaje, que aunque era casi lógico suponer que caía del cielo, puesto que caía de lo alto, a él se le figuró oír salir del infierno, del centro de la tierra, donde según sus cuentas andaban tostando la carne Pedro Botero y otros tales de su jaez.

¿Se llevaba la chaqueta y la quemaba, ó subía y le hacía saber a Lagarti-

ja, en un quitame allá esas pajas, que sus nudillos eran también unos veteranos en lo de levantar cardinales y chichosos?

¡Aupa que es tardel y jadeante, agarrándose a las ramas con dientes, manos y piés, solo descansó un momento para, sentado en su rama, decirle a Lagartija!

¡Bocoras, deja mi cido ó te tiro al arroyo! Sube, sube, que vés a comer moras sin ganas a los zarzales.

Subió, se miraron un momento, y sin encomendarse a Dios ni al diablo ambos encomendaron a sus puños, la razón de su derecho al nido de verdaderos.

Tira de acá, tira de allá, nido y pájaros fueron en un dos por tres al arroyo, cuya corriente los arrestró, perdiéndose al momento entre aquella multitud de zarzas y espadañas que lo cubrían a trochos.

¡Pum, pum! ¡Toma, toma! Se oyeron dos ayes: el uno de terror, el otro de miedo. Lo habría matado, lo llevaría a la cárcel, le conocerían los ratones y de todo tenía la culpa aquel maldito asco que lo había hecho morir tanto tiempo al odiado dómíne, que tantas veces había solfoado en su cabeza.

Lagartija era de la piel del diablo. ¡Qué, no se había matado, ni siquiera roto una pierna; unos cuantos arañazos y esto era todo. ¡Y cómo corría por aquellos trigos, con su chaqueta y todos los arreos de Juanillo al hombro!

¡Padre nuestro que estás en los cielos que Lagartija se desloque un tobillo, que lo alcance yo y que me dé mi chaqueta ó le salto un ojo; si, si, trazas de parar tenía Lagartija según los saltos que pegaba, sin hacer caso de los arañazos que llevaba en la cara, prueba de las caricias que los zarzales lo habían hecho al recibirle en su cuna.

¿Qué lo decía a su madre, de su chaqueta, de sus medias y sus zapatos? ¡Coasi, coasi, valía más que Lagartija se hubiera matado y que a él se lo hubieran comido los ratones.

Era valiente y no lloró; solo al volver camino de su casa iba mascullando entre dientes.

—Padre nuestro que estás en los cielos que mi madre no repique en mis costillas, con aquellos zapatos tan malos que se pone solo los días que repican gordo.

F. MARTÍN LORENTE

La vuelta

Ya contemplo de Galicia los valles encantadores, montes de encinos verdes, bello y transparente mar. Ya, brindando de delicia, la brisa que juguetea, mi pálida frente orea al beso crepuscular.

Altas torres cuyas cruces se elevan a lo infinito; sacras moles de granito que labró diestro cincel; sol de magníficas luces que borda los claros cielos; de sombra plácidos velos, risueño y pero verjel;

Eocineros y castaños sobre dilatadas lomas; auras henchidas de aromas mecendo la roja flor; los blanquecinos rebanos esparcidos por los montes; los azules horizontes, el canto del pescador;

La enamorada pareja que por el valle camina, y cuya frente ilumina el sol de la juventud; la barquilla que se aleja surcando la mar luciente; de la catarata hirviendo la soberbia magnitud;

Todo a mis ojos se ofrece, todo resuena en mi oído como un eco resuendido del canto del risueño. Pero mi labio enmudece: expresar belleza tanta, ¡solo puede la garganta, del génio arrebatador!

EDUARDO PATO.

Cartas abiertas

Sr. D. Galo Salinas Rodriguez.

Muy señor mio y de mi estimación: me permito dirigirme a V. en forma epistolar por dos razones: porque otre los que tenemos la manía de escribir para el público, existe—aunque no nos conozcamos, como a—ambos nos sucede—algo que nos autoriza a tratarnos desde luego como compañeros y facilita la confianza para discutir, cuando se trata de hacerlo de buena fé; y porque, no teniendo propósito de hacer un artículo literario sino el mucho más modesto de exponer algunas observaciones, es más desahogado el estilo y se habla con más sencillez, lo cual evita muchos trabajos.

El de V., acerca de una *Asociación regional de escritores y artistas gallegos*—y esto vá ya comprendido en lo de regional—publicado en el Semanario de esta localidad *A Monteiro*, es un excelente propósito; pero al propio tiempo algo de inexperiencia.

Y perdona V. mi franquez. Bella idea es la de unir en una sola agrupación a los escritores y artistas de la región; merece el apoyo de todos; ojalá excitara general entusiasmo, porque podíamos encastrar esto a un fin, si más humilde, más práctico.

En esta ciudad acaba de constituirse una *Asociación de escritores y artistas* que muy pronto inaugurará solemnemente sus tareas.

Y esta es el medio de empezar y el camino que ha de seguirse, si en algun día es posible el intento de realizar lo que V. propone.

Establézcase la Sociedad—dico usted—pero sin fracciones, unida y compacta. Un solo Centro, en cualquiera de las cuatro capitales, con su Jurado y Tribunal de clasificación (por *partida doble*) y cuando más, algunos círculos dependientes del principal en las poblaciones que se consideran dignas de semejante honor, pero sin prodigar.

No determina V. las funciones de ese centro único, ya que por gracia concedida el honor de tener un círculo a otras poblaciones que sean dignas de ello; pero cuya dignidad no dice quien ha de tasarla ó apreciarla.

Por de pronto, nadie puede impedir que en donde quiera que haya artistas y escritores estos se asocien independientemente resistiendo a formar solo un círculo dependiente de ese centro único. Porque la idea de V., que queda textualmente copiada, supone la necesidad de un permiso previo para la constitución de ese círculo, honor que—según nos dice—no debe prodigarse.

Pero ¿quién ha de establecer, con derecho para ello, esa clasificación, ni quién tendrá autoridad bastante para conceder tales honores?

¿En qué forma ni de qué manera ha de limitarse la acción de los que en una localidad, cualquiera que ella sea, quieran constituir un círculo ó asociación?

Supongamos ya organizado el *Centro Único*: demos por hecho que hay quienes no quieren depender de él, como V. quiere que dependan todos los círculos: ¿qué se hace?

¿Excoomúlgalos, negando que sus individuos sean y puedan llamarse escritores y artistas?

Tan ridículo es esto que seguramente V. ni siquiera habrá pensado en ello. Esa *dependencia*, indicada en el proyecto de V., es depresiva para todos, y además, imposible, como V. vé, de establecer.

Todo lo más que podría hacerse, y es lo contrario de lo que V. propone, sería constituir una *Asociación regional* enlazando entre sí las *asociaciones de provincia*, que se compondrían de las existentes en las capitales y pueblos de cada uno de aquellas.

Otra cosa sería constituir una *gerarquía* incompatible con la democracia de la *República literaria*: porque resultaría de una categoría superior el centro único, con menosprecio y dominio de los escritores y artistas que formaron parte de los círculos—como V. los llama—de los demás—como V. los llama—

Pero vamos al aspecto práctico con que V. presenta su proyecto.

Habría una cuota mensual por cada socio—supongo que solo de los del *Centro único*—se darían veladas cuyo producto iría a aumentar el fondo común, y administrados—se refiere sin duda al fondo indicado—por individuos rectos y de conciencia—¿rectos de cuerpo?—se imprimiría el libro, se vendería el cuadro y la escultura y los ventos de la publicidad llevarán a los pueblos donde aún no somos bien conocidos, los ocos de nuestra hechicera *alborada*, de la gárrula (?) *muñeira*, del nostálgico *alalá*.

Muy bien; pero ¿qué papel desempeñarían en todo eso los círculos dependientes?

¿Habían de contribuir al fondo común?

Es—que resultaría absurdo—sería lo único que podrían hacer; pues si ni eso hacían, ninguna clase de relaciones les ligaba al Centro único.

De nuevo he de aplaudir el buen deseo que, sin duda, animaba a V. al dar publicidad a su proyecto.

Ojalá pudiera aplaudir igualmente el acierto, su afecísimo compañero que b. s. m.

AURELIANO J. PEREIRA.

Lugo 21 Diciembre 1890.

(De La Pequeña Pátria.)

Noticias bibliográficas

Hemos recibido el número 5 de la revista "La Pequeña Pátria", cuyo sumario es el siguiente:

Texto.—"Gallegos distinguidos y Conversación decenal", por Enrique Labarta Pose.—"El Regionalismo en la pintura", por José R. Carracedo.—"Te casarás en vano", por Nicanor Rey Diaz.—"El debut", por Torcuato Ulloa.—"Pienso mal y acortado", por Salvador Golpe.—"El hombre de la foca" (conclusión) por Marcolino Sors.—"Choros", por el Marqués de Figueroa.—"Artes industriales en Santiago", por José Tarrío Garcia.—"Libros recibidos",—"Charradas",

Grabados.—"Retrato de Salvador Golpe", por Román Navarro.

El número 6.º de la citada revista, contiene los trabajos que expresa el siguiente sumario:

Texto.—"Gallegos distinguidos", por Enrique Labarta Pose.—"Conversación decenal", por José Tarrío Garcia.—"Falas de nai", por el marqués de Figueroa.—"Cartas abiertas", por Aureliano J. Pereira.—"Inverno", por Alberto Garcia Ferrero.—"El sanguijuela", por Daniel Alvarez.—"A. F.", por Benito Losada.—"El nuevo órgano de la Iglesia de San Francisco", por Manuel Chaves.—"Os solteiros", por Jesús Rodriguez Lopez.—"Apariciones", por Juan Neira Cancela.—"Idilio", por Manuel Martinez y Gonzalez.—"Charradas",

Grabados.—"Retrato de Benito Losada", por Enrique Mayer.

La conocida casa editorial de D. Felipe Gonzalez Rojas, ha publicado los cuadernos 160 al 166 de la "Historia general de España", escrita por el docto catedrático de la Universidad central, D. Miguel Morayta. También ha publicado los cuadernos 115 al 118 de "La Naturalza", (Bullón novísimo), cuya obra tan celebrada por los hombres de ciencia, dirige los ilustrados catedráticos, D. Antonio Orio y D. Tomás A. Andrés Montalvo.

Las referidas obras, ilustradas con magníficas láminas al cromo, se publican por cuadernos de 32 páginas, tamaño folio, al precio de dos reales cada uno, y se suscriben en casa del editor, D. Felipe Gonzalez Rojas, calle de San Rafael, número 9 (barrio de Pozas), Madrid, y en todos sus correos provinciales.

"La España Editorial", acaba de publicar una excelente traducción de "La vida errante", un precioso volumen de 300 páginas que contienen los siguientes capítulos, por cuyos respectivos títulos se puede deducir la índole de ellos.

I. Cansado.—II. La noche.—III. La costa italiana.—IV. Sicilia.—V. De Argel á Túnez.—VI. Túnez.—VII. Haulá Karrenan.

El libro cuesta solamente 350 pesetas en rústica, y 4 en tela.

Los pedidos á la casa editorial Tutor 21, Madrid.